

ya le había ocurrido y a la otra, aunque la viera corretear por allí, divertirse un poco, tenía las horas contadas por una irreversible enfermedad: quién sabe si al morir no tendría la misma serena y delicada hermosura que aquella tía, a la que tanto se parecía, no sólo en su belleza, sino también en su destino.

La miraba con miedo, pero sin poder desembarazarme de la condenada, seducido por ese prematuro desenlace. Esa noche no pude dormir y empezaron aquellos espantosos sueños que durante años seguirían repitiéndose: un frasco lleno de sangre, que no era otra cosa que un hombre inmenso que dejaba sin sangre a los niños de mi edad; o Mazarino clavando su puñal de esmeraldas en la espalda de ese D'Artagnan en el que me había convertido; y la muralla junto al mar; y el hombre verde y amarillo que se movía en su tumba; y el abismo.

Una noche pude sentir, ya despierto por las pesadillas, cómo se abrían las puertas que daban al jardín del fondo de la casa, y después cómo alguien entraba y atravesando toda la planta baja y subía por las escaleras principales y llegaba al entrepiso y entraba a la habitación que allí había y la revisaba y se asomaba a la pérgola a tomar aire, y volvía a entrar y a subir por el tramo que le quedaba de la escalera hasta llegar al primer piso, rumbo a mi cuarto y entonces me tapaba la cabeza con las mantas y cerraba los ojos y caía fulminado por el sueño; pero volvía el hombre-frasco, o la traición del cardenal, o los símbolos clásicos con que se da en representar a la metafísica, o a las fuerzas oníricas sin representación. A veces gritaba y nadie atendía mi grito de horror, ni venía a salvarme; tampoco huían despavoridos: ¿era posible que nadie llegara a oírme?; ¿que fuera tan ineficaz mi llamado?; ¿podría gritar realmente? El hombre no seguía subiendo paralizado por el miedo de su víctima. Hay canallas que a veces no se atreven, temerosos de su propio poder de destrucción. Es demasiado.

Sin lugar a dudas nadie pudo entrar, porque las puertas que daban al jardín estaban perfectamente cerradas; así me enteró mi padre al volver del velorio de Aurelia, que había muerto esa misma noche, después que mi madre me lo anunciara; después de jugar con las serpentinas y los pomos. Aquella noche, antes de que terminara el corso, después de enterarme del destino de la bella Aurelia, debí cantar

Farolito por exigencia de mi madre. Era una canción de moda en ese tiempo y me repugnaba sentirme utilizado de esta manera; ¿por qué tenía yo que cantar?, ¿quién ganaba algo con eso? Era por darle el gusto a «tu pobre madre», como decía mi pobre padre; esa madre que siempre estaba enferma y a la que siempre había que cuidar, siempre que no estuviese con sus deplorables amigas. Pedí como clemencia que me dejaran cantar desde el otro cuarto y condescendieron a mi pedido, tal vez por temor a que, acorralado, me liberara por audacia de la trampa en que estaba.

Mentiría diciendo que Aurelia me asustó con la amenaza de su muerte. Estaba simplemente asustado y eso es todo y me resultaba difícil precisar por qué. La prueba es que al día siguiente me había olvidado de muchos terrores y, como un niño de carne y hueso, saltaba y jugaba a los piratas y reparábamos la «americana» con mis primos. La americana tenía las ruedas amarillas y cuatro asientos: justamente lo que necesitábamos para pasearnos como verdaderos señoritos por las calles del pueblo. Atamos un lindo caballo, ahuyentamos a dos primos débiles y cargosos, para los cuales—además—no disponíamos de lugar, y salimos.

Después se rompería definitivamente y nunca más podríamos volver a la americana y debimos conformarnos con las bicicletas y correr por las calles del pueblo, durante una semana. Fue entonces, después de esa semana de ciclismo, que llegó Adolfo, otro primo, y todos tratamos de disimular. Nunca llegaríamos a hablar del asunto, ni siquiera cuando fuimos juntos al campo. Todos sabíamos perfectamente lo que había pasado y por eso nadie habló durante todo el viaje; en silencio mirábamos por las ventanillas, como si el campo, el polvo, el eterno, el interminable, pudiera diferir las cosas o corregirlas.

Al llegar a «El Hinojo» era más de mediodía y pesaba el calor, pero todos quisimos comer en las galerías y no entrar en la casa; ni siquiera durante la siesta; preferimos salir al montecito y andar vagando y planear cualquier cosa: una visita a un puesto alejado, una caza de lechuzas para esa noche. También visitamos el galpón de los peones durante esa larga siesta, elegimos los caballos y, cuando aflojó el calor, salimos al campo, olvidando la casa a la que todavía no habíamos entrado. Adolfo iba a nuestro lado en silencio y nadie le pregun-

taba «¿qué te pasa?», porque todos sabíamos muy bien qué era lo que le pasaba y hasta éramos condescendientes con él y le dejábamos no más el rosillo que todos preferíamos y también ese bozal con guarniciones de plata. Cuando fuimos a apartar hacienda nadie habló de las dos Esmeraldas, madre y hermana de Adolfo; ni antes, cuando visitamos ese puesto alejado. En cambio entramos en la hacienda y hablamos de lo alto que era el reservado, al lado de nuestros menudos caballitos criollos. Al llegar al molino, ayudamos a nuestro tío, el caudillo, con los potros que debía vacunar contra la meningitis; después hubo que marcar ese lote que habíamos apartado en los potreros y que esa noche era embarcado para Olavarría. La faena no hizo olvidar a las Esmeraldas; hasta Adolfo apareció mezclado en el entusiasmo de ese trabajo que era deporte para nosotros, e irrumpió en el potrero arando en el barro y en el estiércol con su alpargata—como si esquiara en el agua—, detrás de un novillo que hacía un momento nomás, había enlazado con irreprochable destreza. Y ese potro enorme que, por no resignarse al brete, lo saltó de costado y pasó sobre mi cabeza y la del caudillo. Nunca podré olvidar esos dos incidentes del día: el novillo corriendo de un lugar a otro del potrero y la panza del animal pasando por arriba, como un aeroplano. Después volvimos cansados a la casa. Nuestro tío estaba satisfecho de lo «hombrecitos» que éramos esos cuatro niños de nueve años. En la casa nos esperaba el café con leche, y, muertos de cansancio, nos olvidamos del doble problema de las Esmeraldas, y entramos.

Se adelantó una mujer y abrió algunas ventanas y entró a la casa un poco de luz. La mujer estaba al tanto de lo que pasaba y por eso se movía un poco nerviosa. Era una vieja que parecía un espantapájaros con su enorme sombrero de paja: creo que se llamaba Teléfora, y si no era ése, con seguridad tendría un nombre folklórico bastante parecido. Adentro estaba todo enfundado: los sillones, las sillas; no había tierra, pero el aire estaba enrarecido y con olor a madera. Adolfo se puso nervioso y tosió y Teléfora, temiendo que pasara algo, abrió la puerta que daba al patio central de la casa, y fue mucho peor: la parra había soltado las hojas y el suelo estaba cubierto por una especie de alfombra quebradiza y amarilla. Miramos ese patio y yo no recuerdo bien si tuvimos miedo, si llegamos a darnos cuenta que teníamos miedo por ese asunto de las Esmeraldas o por alguna otra cosa; el hecho es que en seguida salimos de allí con un farol y con un rifle y nadie pudo cazar lechuzas y cuando estuvimos de vuelta, ya estaba lista la cena y entonces comimos y después nos fuimos a la cama can-

sados como animales y más tarde nos despertaría ese par de tiros y los perros y todo ese escándalo que, según nos enteraríamos a la mañana siguiente, habían provocado unos ladrones de gallinas; y ese inevitable deseo de orinar que colmaba ya las dos o tres escupideras que había en la habitación y Adolfo, haciéndolo a través de las rejas de la ventana; y la risa nerviosa de todos y luego tener que hacerse el dormido, pero pensar ya inevitablemente en las dos Esmeraldas, en la hermana y en la madre de Adolfo, muertas para siempre un par de semanas atrás, un poco antes una, otra un poco después, con algunos días de diferencia, con sus edades distintas, unos treinta y tantos la madre, la hermana unos cuatro años apenas, es decir, menor que nosotros y que Adolfo, pero sabiendo ya muchas cosas que todavía desconocemos y que nunca estaremos en condiciones de poder contar.

FRANCISCO URONDO
Venezuela, 725
BUENOS AIRES



HISPANOAMERICA A LA VISTA

